

# Muerte en la Torre de Marfil

Algunos fragmentos

**Stephen J. Ball**

Sociólogo y escritor, Cataluña

stephen.ball@ucl.ac.uk

Traducción: Francisco J. Salinas

DOI: 10.32995/0719-64232024v10n20-178

# Muerte en la Torre de Marfil

Algunos fragmentos

**Stephen J. Ball**

## RESUMEN

*Death in the Ivory Tower* es una novela de ficción que sigue a Staverley, un académico de sociología y detective aficionado en la ficticia Universidad de Watermouth, quien se ve envuelto en una investigación de asesinato de una estudiante. En esta selección de fragmentos del libro, Staverley enfrenta los desafíos de enseñar en una universidad inglesa a mediados de los años ochenta, marcada por tensiones sociales y políticas, mientras explora las dinámicas de poder, género y clase en el entorno universitario e indaga en los secretos de sus estudiantes y colegas. La historia entrelaza humor y crítica social, planteando la posibilidad de pensar la ficción como otra forma de hacer sociología.

## PALABRAS CLAVE

Universidad, crimen, sociología, perros, investigación

# Death in the Ivory Tower

Some fragments

**Stephen J. Ball**

## **ABSTRACT**

*Death in the Ivory Tower* is a fictional novel following Staverley, a sociology academic and amateur detective at the fictional University of Watermouth, who becomes involved in the investigation of a student's murder. In the selection of fragments of the book here included, Staverley faces the challenges of teaching at an English university in the mid-1980s, marked by social and political tensions, as he explores the dynamics of power, gender, and class within the university setting while uncovering the secrets of his students and colleagues. The story weaves humour and social critique, suggesting the possibility of viewing fiction as another way of doing sociology.

## **PALABRAS CLAVE**

University, crime, sociology, dogs, investigation

## PREFACIO: ALGUNAS NOTAS PARA EL LECTOR

Staverley es un científico social y profesor en la ficticia Universidad de Watermouth, en Inglaterra. Esta universidad es una invención de Malcolm Bradbury en su libro *The History Man* (1975), que también fue adaptado como serie de televisión. El “héroe” epónimo de dicha novela es Howard Kirk, quien hace una breve aparición en la versión completa de *Death in the Ivory Tower* (2021). Watermouth guarda cierto parecido con la Universidad de Sussex, donde fui estudiante (1972-75) y profesor (1975-1985). Esta es la segunda de cinco aventuras protagonizadas por Staverley. Aparece por primera vez en *The Death of an External Examiner* (2020). En cada caso, impulsado por la curiosidad y la obligación, emplea las sensibilidades y métodos de las ciencias sociales para resolver crímenes. Sin embargo, esas soluciones están cargadas de dilemas morales y difíciles decisiones éticas. Staverley descubre que no es la persona que creía ser. Los libros son, en cierto modo, muy ingleses, aunque no todos se ambientan en Inglaterra, y presentan aspectos mundanos de la vida universitaria que resultarán muy reconocibles para cualquiera que haya sido estudiante.

Staverley no soy yo. Es una especie de alter ego. Está compuesto, en parte, por mis experiencias, intereses y prejuicios, pero yo nunca he investigado un asesinato. Compartimos un *habitus*. Comencé el primer libro de Staverley hace muchos años, pero lo dejé inconcluso. Trabajar a medio tiempo y luego estar parcialmente jubilado me permitió retomarlo, y disfruto la libertad que ofrece escribir ficción. Aunque hay convenciones, por supuesto, y tropos y clichés recurrentes, pero nada que se asemeje a las

limitaciones y expectativas que acompañan la escritura académica. Aquí y allá, en los libros, hay alusiones a la teoría sociológica y, ocasionalmente, pueden identificarse algunas de las influencias intelectuales que han marcado mi imaginación sociológica. Además de los crímenes, estas historias también ofrecen un comentario sobre los cambios en la vida universitaria y académica.

Todas estas novelas están ambientadas en los años ochenta, antes de internet, pero hay destellos de cosas que ahora son dramática y desastrosamente familiares para cualquiera que trabaje en la educación superior. Constantemente he debido recordarme que se trata de ficción histórica, reflejos de las sensibilidades y el lenguaje de la época. Por lo mismo, me he resistido a la tentación de actualizar sus expresiones. Los temas de raza, clase y género se trataban y experimentaban de manera distinta en aquel entonces. Cada libro también se desarrolla en el contexto de cuestiones políticas contemporáneas, relacionando la historia con la biografía, tal como lo expresó C. Wright Mills. En *Death in the Ivory Tower* se aborda la huelga de los mineros, que fue un punto de inflexión social y político importante en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, además del feminismo y la violencia contra las mujeres como un subtexto. En el siguiente, *The Trumpets of Death* (2022), Staverley está de sabático en Catalunya, y el texto explora las resonancias de la Guerra Civil Española y el impacto del turismo masivo. *The Enemies of Truth* (2023), ambientado en parte en París, aborda el acoso sexual y el papel del comunismo soviético en la vida intelectual francesa. *A Lie Cannot Live*, aún inédito, se sitúa en Estados Unidos, donde Staverley se ve envuelto en la lucha por la igualdad racial. Estas tres últimas entregas también incluyen personajes y eventos reales. ¿Quizás la ficción podría ser otra forma de hacer sociología?

Tengo otro libro en mente, ambientado en 1988, en los últimos días de la Unión Soviética, pero no estoy seguro de si lo escribiré.

## MUERTE EN LA TORRE DE MARFIL. ALGUNOS FRAGMENTOS UNIVERSIDAD DE WATERMOUTH, 1984

Charly, la perra de Staverley o, más bien, la perra que cuidaba para su tía, estaba acurrucada en la esquina del salón de seminarios, roncando fuertemente y moviéndose de manera brusca entre sueños. Staverley intentó ignorarla y recorrió con la mirada las mesas alrededor de las cuales estaban sentados doce estudiantes de primer año para el curso de Ciencias Sociales 1, la asignatura introductoria y obligatoria para los estudiantes de Ciencias Sociales en la Universidad de Watermouth. Parecían ser la típica colección variada de, bueno, estudiantes: cuatro hombres jóvenes, uno algo mayor y siete mujeres jóvenes. Todos eran blancos, y estaban vestidos con un estilo que variaba entre lo bastante prolijo, con camisas y blusas, hasta camisetas y jeans rotos y arrugados que daban la impresión de nunca haber visto una lavadora. Algunos parecían haberse aseado para el seminario, otros no. Todo como de costumbre.

Los rostros y sus expectativas eran difíciles de leer, como siempre. ¿Qué esperaban? Algunos tal vez mostraban algo así como entusiasmo, pero definitivamente había un par que ya parecían aburridos. Uno o dos tenían miradas vacías, posiblemente debido al consumo de sustancias prohibidas. ¿Qué estaban pensando? “Veamos cómo es. ¿Nos hará trabajar duro? ¿Será divertido o incomprensible?”. La mayoría de los colegas de Staverley parecían dividirse casi equitativamente entre esos dos polos. El resto oscilaba entre ambos de forma impredecible. La enseñanza y el aprendizaje no eran prioritarios para la mayoría de los académicos. Staverley trataba de ser claro y entretenido a la vez, manteniendo una especie de gravedad que sugería que los estudiantes tendrían que tomarse en serio lo que decía y lo que les pedía, y trabajar duro. Comenzar un curso nuevo siempre era difícil, tanto para el tutor como para los estudiantes. Sus palabras iniciales podían marcar el tono: lograr un buen comienzo o ir cuesta abajo desde ahí. Había que hacerlo bien.

—Hola —dijo.

Nada.

—Hola —repitió. Y algunos rostros mostraron signos de comprender lo que se esperaba de ellos.

—Hola —respondieron algunos en voz baja, principalmente las jóvenes. Hubo un movimiento general de sentarse más erguidos. Eso bastaría.

—Mi nombre es Dr. Staverley; Staverley para ustedes. Yo estaré a cargo de este seminario y también seré su tutor personal durante este año. Volveré a ese punto. En este curso comenzaremos su carrera como científicos sociales. Van a desarrollar algunas habilidades analíticas y adquirir una actitud de escepticismo que les servirá para problematizar el mundo social. Vamos a hacer que las cosas dejen de parecer tan necesarias. Vamos a despojarnos de muchas cosas que damos por sentado y, a cambio, cuestionar y abrir lo que consideramos natural y normal. El sentido común ya no tiene sentido. ¿OK? —Sin respuesta.

Staverley calculó, al leer los rostros, que ya había perdido a aproximadamente la mitad de la clase. Aparecieron y se multiplicaron los ceños profundamente fruncidos. Había varias miradas perdidas y una joven, vestida con un holgado blusón gris, tenía los brazos cruzados de una manera que parecía sospechosamente sarcástica. Pasó los siguientes 15 minutos repitiendo de diferentes maneras y con distintas palabras lo que ya había dicho. Poco a poco, el número de “ya entendí” pareció aumentar un poco, más miradas se enfocaron y algunos brazos se descruzaron, aunque algunos rostros seguían mostrando confusión, o tal vez solo tenían hambre o sueño. En uno o dos casos, los ceños fruncidos ya habían alcanzado proporciones dignas del Gran Cañón. Pidió que hicieran preguntas.

—Lo que sea, cualquier cosa, esta es su oportunidad.

Silencio y vergüenza por todas partes; todos miraban la mesa, nadie quería ser el primero. Mientras el silencio se alargaba a niveles cada vez más insoportables, un joven barbudo que llevaba una chaqueta de combate muy desgastada, y un tanto grasienta, levantó una mano vacilante.

—¿Cómo será evaluado el curso?

El corazón de Staverley se hundió un poco; era una pregunta familiar: olvídate del contenido, dame la nota, estoy aquí por un título, no me molestes con ideas.

—¿Tú eres...?

—Billy, Bill Byatt.

—Bueno, Bill, llegaremos a eso a su debido tiempo. Por el momento, intentemos pensar en qué será evaluado más que en cómo. ¿De acuerdo?

Bill asintió con desgana y frunció los labios.

—Hagamos una ronda de presentaciones. Ya saben quién soy yo. ¿Quiénes son ustedes? Billy, Bill, ¿por qué no empiezas?

El seminario avanzó con dificultad, y después de las presentaciones y de la reticencia y vergüenza general, Staverley expuso los temas que cubrirían, las tareas y responsabilidades de los estudiantes. Les entregó la lista de lecturas y, finalmente, explicó el sistema de evaluación. Bill asintió, agradecido. El tiempo se estaba acabando.

—Volvamos al tema del tutor personal— dijo.

En sesiones como esta, Staverley intentaba no pensar en los estudiantes como personas con un pasado o un futuro. Lo que importaba era el aquí y el ahora. Sabía que llegaban con historias diversas, aunque esa diversidad se atenuaba por su carácter excepcional. Solo alrededor del 10% de los egresados de secundaria conseguía un lugar en la universidad, y una proporción aún menor de estos provenía de escuelas públicas. El mismo Staverley había sido una excepcional excepción. Fue a una escuela pública, una *grammar school*, y su origen familiar era decididamente de clase trabajadora. Aún había ocasiones en su trabajo en las que se hacía notar su historia personal y las marcas que había dejado en él, y en las que su condición de intruso en la universidad era anunciada de manera casual pero decisiva. Le recordaban cuál era su lugar. Le hacían notar quién era y de dónde venía. En contraste, muchos de los estudiantes de clase media, que formaban la mayoría allí, esperaban simplemente estar en la universidad, como un derecho. Sabían que pertenecían

allí y llevaban su privilegio con una facilidad despreocupada, como si fuera una insignia de honor. Caminaban, se sentaban y hablaban de una manera que objetivaba su sentido de pertenencia. De esta forma, se reconocían entre ellos y, al mismo tiempo, identificaban y a veces evitaban a los “forasteros”.

A Staverley le costaba no sentir cierto desagrado hacia estos estudiantes, especialmente aquellos provenientes de la educación privada, tal vez precisamente por su encanto fácil y su habilidad para hablar sin esfuerzo. Tendía a pensar que las dificultades y, a veces, los trayectos educativos complejos de los pocos estudiantes de clase trabajadora que lograban llegar a Watermouth los hacían de algún modo más dignos y merecedores de atención. Se merecían estar allí. Estaban allí contra todo pronóstico. Había más estudiantes así en Watermouth que en otras universidades más consolidadas. Pero a pesar de todo eso, él también sabía por experiencia, como tutor personal, que la clase social no trazaba una línea clara entre un contexto difícil o sencillo. Había estudiantes de clase media que venían con un bagaje familiar complicado y problemático.

Al final de la sesión, mientras los estudiantes salían arrastrando los pies, unos pocos murmuraron un agradecimiento rápido o asintieron con la cabeza. Staverley sabía que para la tercera semana algunos estarían rondando para hacer más preguntas, buscar claridad en puntos de discusión o incluso pedir sugerencias para lecturas adicionales. Reunió sus papeles y salió en busca de un café. Charly se despertó y estiró perezosamente.

Staverley estaba conociendo a Charly, o al menos eso creía. Habían establecido una rutina que parecía funcionar bien para ambos: a las 7:15, desayuno para Staverley, y a las 8:00, paseo para Charly en el parque. Una vez allí, Charly trotaba por el pasto y entre los árboles, moviéndose de olor en olor. Algunos de estos olores los despachaba con un simple olfateo, mientras que otros merecían una larga y cuidadosa inspección. De vez en cuando, se detenía para intercambiar saludos olfativos con otros perros. A veces ella estaba feliz de que la olieran, y a veces no. Staverley aún no entendía bien cuáles eran sus principios de discriminación. Mientras tanto, él

aprovechaba para reflexionar sobre el día que tenía por delante y repasaba las tareas pendientes. Intentaba recordar tomarse un tiempo para observar los árboles y el cielo.

Fue en la tercera semana de esta rutina matutina cuando la calma del parque se vio alterada. Era una mañana ventosa, el clima cambiaba ruidosamente y de manera desordenada del otoño al invierno. El sol parecía reacio a hacer su trabajo y el cielo mostraba tres tonos de gris, cada uno moviéndose en una dirección diferente. Charly estaba muy activa; prefería el frío. Era evidente que lo estaba disfrutando. Hizo sus necesidades y Staverley recogió su “depósito” en una bolsa de plástico. Mientras buscaba un basurero, notó un grupo de personas, unas veinte o treinta, reunidas cerca de un pequeño bosque del otro lado del parque, lindando con los terrenos del Hospital General. Los paseadores de perros no solían reunirse. Staverley dejó que Charly anduviera por su cuenta y se acercó al grupo. Estaban mirando hacia el bosquecillo y exudaban una fuerte sensación de inquietud colectiva. A medida que se acercaba, Staverley pudo ver una furgoneta policial estacionada en el césped y un oficial bloqueando el paso. Se dijo a sí mismo que no se quedaría, pero reconoció a varios de los habituales y no pudo resistirse a preguntar a una mujer con traje y botas de goma, con quien había intercambiado saludos en otras mañanas, qué estaba pasando.

—Creo que alguien encontró algo, podría ser un cuerpo, pero no estoy segura —dijo ella.

Eso no era lo que Staverley quería oír; ya había tenido suficiente con los cuerpos, pues encontró uno él mismo el año anterior<sup>1</sup>. Se dio la vuelta y volvió su atención a los deambulares de Charly. Cuando ella terminó, se dirigieron a la estación.

Fue un día ocupado y frustrante en la universidad, y había mucho que le impedía a Staverley especular sobre lo que podría haber pasado en el parque. Todo quedó claro cuando compró un ejemplar de *The Bugle*, el

---

1 En *The Death of an External Examiner* (NdT).

periódico local de la tarde, de camino a casa. “Encuentran muerta a una estudiante”, decía el titular. La noticia era breve.

El cuerpo de una estudiante universitaria fue hallado esta mañana en una zona boscosa de Gilbert Park. Policía, equipos de ambulancia y un equipo forense acudieron al lugar. Más tarde, el Jefe de la Policía, Stan Gilmour, declaró: “Trágicamente, hoy temprano, agentes alertados por un transeúnte localizaron el cuerpo de una joven. Aunque la identidad de la fallecida aún no ha sido confirmada formalmente, hemos informado a su familia y estamos brindándoles apoyo. La investigación continúa. Hago un llamado al público para obtener cualquier información relacionada con este incidente”. *The Bugle* cree que el cuerpo de una estudiante universitaria fue descubierto por un paseador de perros local.

Era una noticia sombría, y Staverley se descubrió esperando que no se tratara de una de sus estudiantes.

\*\*\*

Al volver a entrar en su oficina, sonó el teléfono. Pensó en ignorarlo para poder avanzar con su trabajo, pero al final cedió ante su insistencia. Resultó ser un error.

—¿Con Staverley?

—Hablando.

—Hola, soy Phil Mellmoth, ¿te pillo en mal momento?

Staverley no había hablado con Mellmoth en varias semanas. Fueron compañeros en la universidad diez años atrás. Mellmoth, ahora el Inspector Mellmoth de la policía local, había sido asignado temporalmente por la policía de Warwickshire para estudiar Ciencias Sociales en la Universidad de Middle England, el mismo curso que hacía Staverley, y así entablaron una improbable amistad. La amistad se renovó el año anterior, cuando Staverley estuvo involucrado en el descubrimiento del cuerpo de Sir Alan

Layton, quien visitaba la Universidad de Watermouth para actuar como examinador externo de un nuevo programa de grado. Había sido asesinado de forma brutal. Staverley estuvo envuelto en la posterior investigación policial. Hubo cosas que descubrió durante todo aquello que no compartió con Mellmoth, y eso aún le incomodaba. La investigación seguía abierta. A pesar de ello, su relación con Mellmoth había sobrevivido y prosperado, a punta de encuentros ocasionales para tomar cerveza y comer. Cerveza y comida, ¡ya hacían falta!

—Todo bien, ¿cómo estás, Phil?

—He estado mejor, para ser honesto. Han sido 24 horas bastante difíciles. Debes saber sobre el asesinato —dijo Mellmoth.

—Por supuesto, es terrible, trágico. Ha afectado a todos en la universidad y hay mucha preocupación por la seguridad de los estudiantes. Yo no la conocía ni la tenía en clases, pero algunos de mis estudiantes eran amigos de ella.

En el seminario de Ciencias Sociales 1, las preocupaciones y reacciones por el asesinato habían acaparado la atención, especialmente entre las estudiantes mujeres, que estaban visiblemente afectadas. El tema del día fue reemplazado por una discusión sobre la violencia contra las mujeres, lo que les permitió expresar sus miedos y enojo.

—Mira, te llamo para abusar de nuestra amistad. Quisiera que me ayudaras un poco con algunos asuntos de la universidad, si no te molesta. Si prefieres no hacerlo, no hay problema.

Staverley estaba casi seguro de que no quería involucrarse en otra investigación de asesinato. Lo que había sucedido el año anterior lo llevó a enfrentar dilemas personales y morales muy difíciles, obligándolo a reflexionar sobre el tipo de persona que realmente era. Había jugado a ser detective y terminó descubriendo cosas sobre amigos y colegas que ahora deseaba no saber. Terminó haciendo cosas de las que no estaba muy orgulloso. Todavía se sentía inquieto por algunas de esas acciones, así como por otras que no había hecho y por las mentiras y evasiones a las que tuvo que recurrir.

Mellmoth intentaba tranquilizarlo.

—No tendrás que hacer nada específico en relación con el asesinato; solo necesitamos algo de contexto sobre las estructuras y los cursos, y cómo funcionan las cosas. Una suerte de “traducción”, por decirlo de alguna forma. El inquebrantable Agente Barnaby ya tiene algunos archivos y documentos de la universidad sobre la víctima, pero no todo nos hace sentido. Las cosas han cambiado desde mis días de estudiante. Sería de gran ayuda contar con alguien que nos pueda orientar respecto a las actividades de la joven en la universidad y, tal vez, sobre cómo era ella. Algo así, nada más. ¿La conocías?

—No, como dije, no era una de las mías. Pero una amiga suya está en uno de mis grupos de seminario. Está muy afectada, como te imaginarás. Y, en general, las estudiantes están preocupadas y asustadas.

—No me sorprende, ya leerás más en *The Bugle*. Es un caso feo, pero esperamos resolverlo rápidamente, de verdad. Se van a destinar muchos recursos y puede que el forense nos dé alguna pista útil, y también tenemos algunos indicios del público, indicios reales, no de conferencia de prensa. Los padres han sido informados y están devastados, como es de esperar. En mi trabajo ves muchas cosas feas, pero en la comisaría todos están muy afectados. Un par de chicos regresaron temprano de su permiso esta mañana. El Jefe de Policía ya me está presionando. Habrá mucha atención mediática en este caso, benditos sean. Así que, por favor, ¿me dejas hacerte un par de preguntas? Podría ser de mucha ayuda.

Staverley murmuró su consentimiento. Mellmoth continuó.

—Claire parece haber sido una estudiante muy activa, según lo que Barnaby ha descubierto hasta ahora. Además de su trabajo académico, hizo trabajo voluntario para el Centro de Estudiantes, jugaba voleibol en uno de los equipos de la universidad y pertenecía a un grupo anti-*apartheid*. También fue una de las principales impulsoras del club de cine estudiantil<sup>2</sup>. ¿Eso es inusual o es algo común en estos días?

<sup>2</sup> *Student film society*, en el original. En español, no suele usarse la expresión “sociedades” para agrupaciones de intereses estudiantiles. Es más usual hablar de “clubes” o “asociaciones”, aunque estas últimas suelen tener un sesgo más bien político que recreacional (NdT).

A Staverley le sorprendió la mención de la sociedad de cine.

—Sabes —explicó—, tal vez la haya visto entonces. A veces voy a los eventos del club de cine; sabes que me gustan las películas. Han estado proyectando un ciclo de películas de los hermanos Marx tarde en la noche, después de que cierra el bar de estudiantes, y he ido a algunas con Charly; ella es fan de Groucho. En fin, cada película suele ser presentada por uno de los organizadores, bien podría haber sido una de las que habló. Pero lo que describes no suena tan inusual. En general, diría que hay dos tipos de estudiantes: aquellos que se integran y participan en actividades, y aquellos que no. Los que se integran suelen tener una variedad de intereses y actividades: deportes, política, artes, lo que sea. Hay docenas de equipos, sociedades y grupos. Debes recordar algo de esto de nuestra época.

—Tiene sentido en comparación a nuestros días en UME, supongo. Yo no era de los que se unían, pero tampoco es que los equipos y sociedades estuviesen muy interesados en tener a un policía entre sus miembros —Mellmoth soltó una pequeña risa—. Claire llamó nuestra atención en una ocasión o, más bien, la atención de la Policía Metropolitana, para ser exactos. Recibió una advertencia por su comportamiento en una reciente manifestación anti-apartheid frente a la embajada de Sudáfrica. Aunque no fue nada realmente significativo; en los últimos años ha habido muchas advertencias de ese tipo. Difícilmente eso la hace una criminal empedernida. Vamos a seguir investigando, pero quizás tú puedas decirnos algo más, ¿quizás? Cualquier cosa ayudaría.

La reticencia de Staverley a involucrarse en otro asesinato empezaba a debilitarse.

—Supongo que podría hablar con Jenny, que es su amiga. Soy su tutor personal. Quizás ella pueda aportar más contexto, otros amigos, vida social, lo que sea. Pero tal vez Barnaby ya lo haya hecho, hablar con ella, digo.

—Ha hablado con algunos amigos de la chica —dijo Mellmoth—, pero estoy seguro de que Jenny será más abierta contigo que hablando con la poli, especialmente si ya te conoce. Te lo agradecería mucho. Podría ser realmente útil.

Staverley ya sentía esa molesta sensación de que se arrepentiría de haber aceptado involucrarse. A medida que la incomodidad aumentaba, se preguntaba qué tipo de problema tenía que no podía simplemente mantener la cabeza baja y concentrarse en su investigación y en sus clases, además de en sus batallas diarias con el microprocesador y con sus colegas. La curiosidad podía ser una cosa peligrosa. Sin embargo, la última vez que se involucró en un asesinato lo abordó como lo haría con un proyecto de investigación: recopilando y obteniendo datos, clasificando diferentes interpretaciones, verificando fuentes unas contra otras. Descubrió que sus habilidades como sociólogo podían aplicarse a la investigación de crímenes, o al menos eso era lo que se decía a sí mismo.

Staverley tenía otra pregunta.

—¿Hubo algo de índole sexual?

—No parece que haya habido violación o una agresión sexual evidente. Pero estamos esperando los resultados del forense.

—¿Y qué estaba haciendo allí temprano en la mañana?

—Aparentemente pasó la noche con su novio en el campus y regresaba a su departamento en la ciudad. El novio parece no estar involucrado. Estaba desayunando con amigos.

\*\*\*

Jennifer, o Jenny, como prefería que la llamaran, estaba nerviosa, probablemente sin saber por qué Staverley le había pedido que fuera a verlo a su oficina. Tenía las manos fuertemente apretadas en su regazo y sus nudillos eran blancos. Era una joven atractiva, una especie de “rosa inglesa”, de complejión delicada pero bastante alta, con el cabello largo, suave y ondulado, de un tono castaño rojizo, con una cola de caballo bastante suelta. Su piel era muy pálida y llena de pecas. Sus ojos color avellana parpadeaban ahora con agitación. A Staverley se le venían a la mente toda clase de adjetivos que normalmente se aplican a las pinturas prerrafaelitas y a la música de

Elgar. La piel alrededor de sus ojos se veía amoratada e hinchada, quizás de tanto llorar, o por la falta de sueño, o ambas cosas. Parecía más joven de sus 19 años y definitivamente vulnerable. Llevaba una larga falda de mezclilla azul y un suéter de invierno estilo nórdico que parecía nuevo.

Staverley giró su silla de escritorio para mirarla de frente e intentó pensar en alguna forma de tranquilizarla. Lo que estaba haciendo ahora le parecía incómodo e intrusivo. Como si fuera por algún profundo instinto y una comprensión de su angustia, Charly se tumbó junto al sillón en el que estaba sentada Jenny, y ella bajó la mano para acariciarle la cabeza y frotarle las orejas. Staverley interpretó esto como una señal de que Jenny era una buena persona, y pensó que las mascotas tenían un efecto terapéutico. En algún lugar había leído que las personas con mascotas vivían más tiempo que aquellas que no las tenían. Jenny se hundió un poco más cómodamente en el desgastado y desvencijado sillón de Staverley, y su mirada se calmó.

En el grupo de seminario no hablaba mucho, pero cuando lo hacía, sus aportes eran reflexivos y las preguntas que planteaba eran sensatas. Era, claramente, de aquellos que de verdad hacían las lecturas semanales y pensaban en ellas. Otros, claramente, no hacían ninguna de las dos cosas y asistían a los seminarios ya fuera con la intención de pasar desapercibidos o de improvisar en caso de ser llamados. Algunos eran muy buenos en esa improvisación y participaban en las discusiones usando clichés críticos bien aprendidos o expresando su desconfianza en argumentos de los que no tenían conocimiento directo. Staverley intentaba no molestarse con los improvisadores ni incomodar a los que trataban de no ser notados, pero repetía constantemente la necesidad de leer y reflexionar sobre las lecturas como algo básico para cualquier tipo de compromiso intelectual con las ciencias sociales. Pero algunos estudiantes venían a la universidad principalmente por la vida social y no se preocupaban mucho por cosas como los cursos o las lecturas que pudieran interponerse en el camino del sexo, las drogas, la música o la política.

—Espero que no te moleste haber venido a verme, Jenny. Sé que Claire era tu amiga y, obviamente, estás afectada. Pero quería preguntarte sobre ella. ¿Estaría bien? Dime si prefieres no hablar. Lo entendería perfectamente. Estoy tratando de comprender el ataque y pensando en si hay algo que la universidad deba hacer para garantizar la seguridad de las personas. Sabes que existe el Servicio de Consejería, ¿verdad?

Staverley se sorprendió de su propia habilidad para inventar cosas y justificar lo que, bien mirado, eran preguntas insensibles y toscas. ¡No era nada agradable! Pero Jenny asintió y pareció aliviada de que la reunión no fuera sobre sus estudios. Intentó sonreír, pero no le salió bien y su rostro volvió a expresar una triste perplejidad.

—No lo sé, creo que estaría bien, si ayudara. ¿Qué quieres saber?

Era evidente que no estaba segura de lo que significaba hablar sobre Claire. Staverley también se sentía nervioso.

—No quiero que te sientas peor; solo quiero saber más sobre ella. No solo como alguien que fue asesinada. ¿Me entiendes? Como persona, como amiga.

Jenny asintió de nuevo. Staverley estaba siendo extremadamente económico en relación con la verdad; pero no parecía una buena idea decir, de entrada, que había sido un amigo policía, investigando el asesinato de Claire, quien le había pedido que hiciera esto. Como le sucedió antes, Staverley se vio debatiéndose entre lo que sabía que probablemente debía hacer o, en este caso, no hacer, y lo que creía que necesitaba hacer. Sí, Mellmoth se lo había pedido, pero podría haber puesto excusas y dicho que no, o decir que lo pensaría y luego no hacer nada. Pero sabía que en su interés en esto había algo más allá que simplemente querer servir de ayuda. Por ahora, se conformó con decirse a sí mismo que cualquier cosa que contribuyera a encontrar al asesino de Claire tenía que ser algo bueno.

—Bueno, ¿cómo era ella? Creo que la escuché hablar una vez en el club de cine.

Jenny hizo una pausa antes de responder, con la boca entreabierta. Parecía tener problemas para comenzar y, probablemente, ya estaba decidiendo entre lo que diría y lo que no.

—Era buena. Me caía bien. Más que buena, era una gran persona. Nos habíamos hecho grandes amigas en poco tiempo. Y era una buena amiga, si sabes a lo que me refiero, una amiga de verdad. La conocí el primer día aquí en el evento de clubes universitarios, ya sabes, cuando los clubes tienen puestos y tratan de inscribir a nuevos miembros. Ella se inscribió en muchos. Le interesaban muchas cosas, mucho más que a mí. Supongo que yo soy un poco tímida. Pero su entusiasmo era contagioso; era buena motivando a otros a involucrarse, como en el club de cine o al movimiento anti-*apartheid*. Yo también me apunté a esos. Pero era un poco demasiado entusiasta para algunas personas. No a todos les caía bien. Le gustaba ser la organizadora y a veces podía ser un poco intensa. Creo que, en el fondo, quizá era un poco insegura y ser entusiasta era una forma de ocultarlo. A veces era un poco agotador, pero tenía buenas intenciones y lograba que las cosas se hicieran.

Jenny se detuvo y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—No me gusta decir cosas malas de ella ahora, ya sabes...

—No creo que estés diciendo cosas malas, solo estás siendo honesta, la estás recordando. Todos tenemos nuestras fortalezas y debilidades. Creo que eso es lo que nos hace interesantes y reales. ¿Sabes algo sobre su familia? ¿La conociste?

—No, nunca los conocí. Venía de algún lugar de Hampshire, de un pequeño pueblo rural, creo. No recuerdo el nombre. Asistió a una escuela privada de chicas allí. No una muy elegante, sus padres no eran ricos ni nada. Saint algo... Trataba de evitar hablar de eso, especialmente con cualquiera del Consejo Estudiantil. Todos pretenden ser parte del proletariado, pero muchos de ellos vienen de escuelas privadas y, a menudo, mucho más exclusivas que la de Claire. Pero creo que disfrutó la escuela, aunque también la encontraba un poco rígida y limitante. Decía que sus maestros eran

muy convencionales y tenían ideas fijas sobre trabajos y carreras apropiadas para las damitas y, al parecer, siempre las llamaban damitas. En mi escuela ciertamente no nos llamaban así. Pero decía que no tenía problemas con las tareas escolares, los exámenes y esas cosas, y que practicaba mucho deporte. Y aquí trabajaba duro en sus cursos. Estaba llena de energía y siempre apoyando causas y yendo a manifestaciones. Me animó a ir también. Y a veces estudiábamos juntas, aunque cursábamos carreras distintas. Ella estudiaba Literatura Americana, pero habíamos leído muchos de los mismos libros. Y siempre estaba dispuesta a hablar sobre cosas con las que yo tenía dificultades, y esas charlas me ayudaron mucho. Yo trataba de ayudarla también. Creo que hacíamos un buen equipo.

Staverley interrumpió.

—Pero dijiste que era demasiado para algunas personas, que no a todos les caía bien.

—Bueno, sí, unos pocos, siempre hay envidias en cosas como el club de cine, sobre quién será el presidente, o como se llame, y quién elige el programa, y quién presenta las películas y todo eso. Hubo algunas discusiones y peleas, pero nada serio, cosas juveniles en realidad. El Consejo Estudiantil es lo peor, oh, Dios, debes saberlo. Es pura competencia y zancadillas para ver quién es más ideológicamente correcto que el otro y mucho chisme cruel y críticas a los demás. Algunos miembros del Consejo veían el entusiasmo de Claire como superficial, sin una comprensión adecuada de la teoría política, lo que sea que eso signifique. Y podían ser muy hirientes, eran buenos con las palabras. Lloró un par de veces, pero era resiliente, ¿esa es la palabra correcta? Bueno, el cambiar de novio también le trajo problemas con algunas personas. Sexo y política parecen ir de la mano. Fue un poco complicado.

Jenny parecía avergonzada de lo que había dicho y acarició a Charly un poco más fuerte.

—¿Cambiar de novio? —preguntó Staverley.

—No sé si quiero hablar de eso, en realidad. Es difícil. Los entusiasmos

de Claire se extendían también a su vida amorosa, y creo que no siempre era buena eligiendo hombres... o chicos, más bien. Parecían actuar como niños la mayor parte del tiempo. La cuestión es que tuvo relaciones con Barry, Barry Thomson, del club Socialista, y con John Masterman, de los Socialistas Internacionales. Sé que suena loco; los dos grandes pesos pesados de la política en Watermouth. Conoció a Barry cuando llegó a Watermouth, en una fiesta, creo, y parecía que la cosa iba en serio entre ellos por un tiempo. Iban juntos a todos lados, y fue él quien la involucró como voluntaria en el trabajo para el Consejo. Tomaba actas, mantenía archivos, ese tipo de cosas. Lo seguía mucho, y todos asumían que la relación era también una especie de declaración de lealtad política; que al elegir a Barry, ella también elegía el maoísmo, sea lo que sea eso. Así que cuando todo terminó mal y comenzó a salir con John, eso generó mucha hostilidad, porque entonces todos asumieron que elegir al hombre significaba elegir su política, y que ella había cambiado de bando, lo cual no cayó bien. Especialmente considerando que Barry y John eran enemigos y rivales políticos acérrimos. Se detestaban mutuamente y despreciaban las políticas del otro. En las reuniones del Consejo y en las elecciones, parecían pasar tanto tiempo atacándose entre ellos y a sus respectivos grupos como hablando de temas de la universidad o atacando a la clase capitalista. No tiene mucho sentido para mí... juegos de niños, creo. Parece tratarse tanto de los egos y de labrarse una carrera política para el futuro como de la huelga de mineros, el desempleo o la falta de alojamiento estudiantil. En realidad, es un poco triste. Perdona, estoy divagando, pero a veces realmente me molesta que los que se llaman a sí mismos activistas sean en su mayoría de entornos privilegiados y se generen oportunidades a costa de una lucha política real que no experimentan directamente ni entienden en realidad.

Staverley nunca había escuchado a Jenny hablar con tanta pasión. Sus intervenciones en el seminario tendían a ser tranquilas y bastante vacilantes. Le pareció que le agradaba bastante esa Jenny apasionada.

—Entonces, ¿cómo encajaba Claire en todo eso?

—Bueno, su papel era administrativo, como dije, más que político.

Cosas de oficina, organizar todo, como siempre. Así que muchos en el consejo la veían como una especie de groupie política. Pero no lo era, no era así. Tenía criterio propio. Luego Barry se volvió muy agresivo cuando ella lo dejó y dijo cosas muy feas; patético, en realidad. Estaba enojado con ella y con John. Supongo que entiendo su punto de vista, aunque él no me guste. Una cosa era terminar con él, otra era empezar a salir con su peor rival. Fue bastante turbio.

Jenny volvió a poner las manos en su regazo y bajó la cabeza. Soltó un suspiro fuerte.

—Ahora sueno como una mala amiga, pero, como sigo diciendo, Claire no cambiaba de novios como una táctica; le interesaban como personas, no por su política. La cuestión es que Barry la trataba como una especie de posesión. Decía que él no creía que las mujeres debieran tener un papel principal en política y siempre decía que Margaret Thatcher lo demostraba, y al final Claire se cansó de todo eso y de él. Ella quería presentarse a las elecciones del Consejo el próximo trimestre y Barry estaba muy en contra. Realmente la menospreció. Creo que esa fue la gota que rebasó el vaso, aunque él le atraía mucho físicamente. Es bastante guapo y puede ser encantador cuando quiere, pero es todo superficial. Resultó ser un cavernícola y tenía muy mal genio y un lenguaje asqueroso. Y aunque no estuvo con John mucho tiempo, por lo que decía, él era muy diferente, una buena persona, lo cual es extraño. En público no es así en absoluto. Debes haberlo escuchado hablar en las reuniones y manifestaciones. Grita, maldice y argumenta sobre la necesidad de una revolución violenta y, cuando se trata de sus rivales en el Consejo, es despiadado; diría cualquier cosa para desacreditarlos. Pero Claire decía que con ella era totalmente diferente, que era gentil, generoso y muy solidario. Es raro, en verdad. Como dije, no estuvieron juntos tanto tiempo, pero creo que le gustaba mucho, realmente le gustaba.

Jenny dejó de hablar de repente, y Staverley pensó que iba a llorar. Sacó un pañuelo de su mochila y se lo pasó por la nariz, haciendo que sus

pecas parecieran aún más prominentes. Staverley se preguntó por qué la estaba haciendo pasar por esto.

—La voy a extrañar tanto. Podíamos hablar de cualquier cosa. Ya no tendré a nadie con quien hablar así. Pensaba que había encontrado una amiga para toda la vida y que compartiríamos cosas, y seríamos felices y tristes juntas durante años y años, y ahora eso no va a pasar, ¿verdad?

Se frotó un poco más fuerte con el pañuelo.

—No sé qué hacer. Nunca he conocido a alguien que haya muerto. Mis padres están vivos, y todos mis abuelos, y las familias de mis amigos también. No sé cómo sentirme. ¿Cómo se supone que debería sentirme? Es como si estuviera vacía, como si me faltara parte de mi vida. Es como si ya no fuera una persona completa. ¿Es normal?

Staverley no estaba seguro de estar cualificado para ser un consejero de duelo, pero se había metido en esta situación y necesitaba decir algo.

—Creo que lo es. Es parte del duelo. No es solo que extrañas a la persona que falleció, sino que tu vida cambia por su ausencia. No puedes seguir siendo igual que antes, como dijiste, todo va a ser diferente. Vas a ser diferente. Es una especie de pliegue o bisagra en el curso de tu vida que te envía en otra dirección y altera quién podrías llegar a ser. Así es como lo veo, en todo caso. Pero tu vida sigue siendo tuya para construirla.

—Eso tiene sentido —dijo Jenny—, pero sin las charlas que teníamos no podré enfrentarme a lo que me pase de la misma manera, no sabré qué hacer, o haré tonterías, y probablemente tampoco seré una buena estudiante. Pero supongo que tengo que hacerme responsable de mí misma.

Parecía pensativa y desinflada, como si ya hubiera tenido suficiente de hablar sobre su amiga. Staverley trató de ser positivo.

—Quizás esto también te cambie en formas positivas; tal vez tu amistad con Claire ya te ha cambiado. Ese sería su legado, su regalo para ti. Siempre puedes pensar, ¿qué diría Claire?

Jenny no parecía convencida. Staverley no estaba seguro de haber convencido ni siquiera a sí mismo, pero había hecho su mejor esfuerzo.

—¿Crees que atraparán al que lo hizo? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que sí. Por lo que entiendo, la policía está poniendo todo lo que tiene para encontrar al asesino. Estoy seguro de que no tardarán mucho.

Staverley pensó que eso era probablemente cierto, aunque, por otro lado, su única experiencia previa con un asesinato no ofrecía un apoyo inequívoco para tanta seguridad. De hecho, esa experiencia le ofrecía muy poco que fuera útil en el presente.

Jenny se levantó y recogió sus cosas. Charly también se puso de pie, probablemente pensando que habría un paseo.

—¿Claire vivía en la villa estudiantil? —preguntó Staverley.

—No, compartía un departamento en la ciudad con otras dos chicas, Emma y Susie. No era un gran lugar, algo básico y descuidado, pero ellas lo hicieron agradable y se llevaban bien. Probablemente podrían contarte más sobre ella, si quieres. Pero es un poco extraño que quieras saber estas cosas.

Ahora Staverley estaba avergonzado.

—Sé que parece que estoy entrometiéndome, pero tengo las mejores intenciones. Muchos de mis estudiantes se han visto afectados por el asesinato, incluso si no la conocían directamente, y creo que saber más sobre ella me ayudará a responder a sus inquietudes y miedos.

Volvió a inventar cosas. No se sentía bien hacerlo, pero sonaba lo suficientemente convincente. Jenny parecía creerle.

—Bueno, supongo que nos vemos en el seminario la próxima semana, pero no estoy segura de poder hacer la lectura. No puedo concentrarme, mi mente no se calma. Terminó llorando otra vez.

—Lo entiendo, solo haz lo que puedas —dijo él. Y Jenny se fue.

Charly parecía molesta de que no hubiera paseo y se acercó a empujar la pierna de Staverley. Le ofreció un rápido rascado en su generoso cuello y luego volvió a su escritorio a escribir algunas notas mientras lo que Jenny había dicho seguía fresco en su mente. No le llevó mucho tiempo de reflexión para darse cuenta de que ella podría haberle señalado a un posible sospecho-

so: Barry, el exnovio controlador y agresivo. La pregunta era si debía pasar esa información a Mellmoth. Quizás necesitaba saber más antes de involucrar a Barry con la policía. Debía hacer alguna triangulación de versiones.

En el tipo de investigación que él realizaba, obtener diferentes versiones de los mismos eventos y procesos era un aspecto básico de rigurosidad. Las personas veían las cosas desde su propia perspectiva, y distintas perspectivas ofrecían diferentes ideas e interpretaciones posibles. Las versiones necesitaban ser cuidadosamente comparadas y contrastadas unas con otras. Tal como el trabajo policial, asumió. Así que, para ser riguroso, debería hablar con las compañeras de piso de Claire e incluso hablar directamente con Barry y quizá con John Masterman, aunque Barnaby seguramente ya habría hecho eso.

Se detuvo. Lo estaba haciendo de nuevo, dejándose llevar, convirtiéndose en una especie de detective aficionado, ganándose la confianza de la gente para que le hablaran, tomando notas. Necesitaba pensar más cuidadosamente sobre lo que estaba haciendo, por qué lo hacía y qué podría lograr, así como sobre los costos emocionales. Podría simplemente reportar a Mellmoth lo que Jenny había dicho y dejarlo en eso, sin involucrarse más. Había hecho lo que le habían pedido. ¿Por qué hacer algo más?

\*\*\*

De camino al almuerzo, Staverley decidió pasar por la oficina del Consejo Estudiantil para ver si alguno de los novios de Claire estaba allí. No lo estaban, lo cual probablemente no era algo malo. Aún no había encontrado una razón convincente para hacerles preguntas sobre Claire, ni podía imaginar por qué estarían dispuestos a responder tales preguntas, en cualquier caso. Al mismo tiempo, estaba molesto consigo mismo. Solo estaba buscando excusas. Necesitaba controlar su exagerado sentido de obligación en relación con la verdad. Sabía que no estaba haciendo esto únicamente porque Mellmoth se lo había pedido. Y no era por la emoción de la búsqueda o la satisfacción de atrapar al culpable como en algunas historias de detectives.

Era más como una extensión de su peculiar cuestionamiento del mundo social que lo había convertido en un cientista social, un científico de lo social. Y eso era tanto cerebral como compulsivo.

Había estado de regreso en su oficina solo cinco minutos cuando Emma, la compañera de piso de Claire, llamó a la puerta. No era una de sus estudiantes, pero él, aprovechando la oportunidad, había aceptado supervisar y calificar su ensayo de fin de trimestre.

—El Dr. Oriel-Hay me envió —explicó—. Me preguntaba cuándo sería un buen momento para hablar sobre mi ensayo.

Staverley miró su reloj y, luego, de nuevo a las pilas de ensayos y cartas en su escritorio. Después, volvió a mirar a Emma y se permitió un suspiro silencioso. Al fin y al cabo, esta había sido su idea.

—¿Por qué no lo hacemos ahora?

—Genial —Emma se sentó y comenzó a sacar papeles y libros de su voluminoso bolso. Era una joven robusta, con el cabello corto y oscuro, tipo “corte de pelela”. Llevaba los jeans típicos, pero con una especie de camiseta deportiva, y emanaba buena salud y vitalidad. Trataron rápidamente el tema de su ensayo; ella tenía algunas ideas bien desarrolladas, y Staverley simplemente le sugirió un par de lecturas y le ofreció algunos consejos generales sobre referencias adecuadas y cómo encontrar su propio enfoque en el tema que estaba tratando. Estaba interesada en la ausencia de niñas y mujeres en la literatura sobre pandillas callejeras y cultura de pandillas. Mientras escuchaba su plan de ensayo, también pensaba en cómo podría desviar la conversación hacia Claire y su asesinato.

Cuando Emma recogió su cuaderno y comenzó a volver a guardar sus cosas en el bolso, él dijo:

—Jenny, una de mis estudiantes, mencionó que compartías piso con Claire Rendell; solo quería decir cuánto lo lamento. Debe ser un momento difícil para ti.

Emma se encogió de hombros.

—Compartíamos un piso, pero no éramos tan cercanas. No la conocía antes de venir aquí, pero, aun así, era una amiga. Me caía bien. Parecía buena persona. Después de que pasó, pensé en volver a casa por un tiempo, pero eso podría ser peor. Mis padres no serían de mucha ayuda. Aquí tengo distracciones y me estoy enfocando en mis cursos, los ensayos y mis equipos: juego netball y hockey para la universidad. No quiero quedarme sentada sola en casa alimentando el morbo.

—Eso me parece lógico —dijo Staverley—. ¿Vivías con Claire desde hacía mucho tiempo?

—Susie, mi otra compañera de piso, encontró el departamento en el verano y nos preguntó a Claire y a mí si queríamos compartirlo; nos habíamos conocido en una visita al campus el año pasado. Parecía una buena idea, y funcionó bien. Nos llevábamos bien y hacíamos que las cosas funcionaran; todas somos bastante ordenadas y tolerantes, pero no estábamos juntas todo el tiempo ni éramos las mejores amigas. Generalmente, cada una hacía lo suyo. Fue agradable. El departamento no es la gran cosa, pero pasamos algo de tiempo en tiendas de segunda mano en el centro antiguo y pintamos un poco; lo convertimos en un buen lugar donde estar. Fue divertido, lo disfrutamos. Y era fácil convivir con Claire, hacía su parte del lavado y la limpieza y todo eso, lo cual es importante cuando compartes. Pero ella salía mucho, todas salíamos. Y también tenía novios, bueno, todas los tenemos, más o menos, de vez en cuando, pero su vida amorosa era un poco más exótica que la de Susie y la mía.

Staverley decidió hacerse el tonto.

—¿Exótica?

—Bueno, tal vez esa no sea la palabra correcta, pero sí tenía dos novios muy destacados, al menos en la universidad. No los traía al departamento, ninguna de nosotras lo hacía, era una especie de regla de la casa, pero a veces hablaba de ellos. Difícil no hacerlo, conversaciones entre mujeres y todo eso. Pero ninguno de los dos me caía muy bien. Los dos estaban llenos de sí mismos, les gustaba escucharse hablar y no eran muy dados a escuchar

a otras personas, especialmente a las mujeres. Pero ¿qué sé yo? Tal vez en realidad eran buenos tipos.

—De hecho, ahora que lo mencionas, creo que Jenny me habló de ellos, los dos estaban en el Consejo Estudiantil, ¿no?

Emma resopló.

—Huh, podrías decirlo. Más bien, dirigían el Consejo Estudiantil, ellos y sus acólitos. Obviamente Jenny los conocía mucho más que Susie o yo. Salimos a tomar algo juntas un par de veces y ya. Pero ellos fueron la causa de su pelea con Claire.

Una pelea era algo que Jenny no había mencionado. Staverley intentó no mostrar demasiado interés.

—¿Pelea?

—Sí, fue algo bastante espectacular. Difícil de olvidar. Estábamos todas en el departamento, las cuatro, en una de nuestras pocas noches en casa y, de repente, comenzaron a gritarse, y realmente se descontroló. Susie y yo pensamos que en algún momento se pondría violento. Dos mejores amigas insultándose y empujándose como verduleras. Fue una locura, realmente exagerado. Susie y yo las dejamos y nos escondimos en nuestra habitación, pero podíamos oírlas, toda la calle podía. Duró y duró un montón. Fue la pelea más grande que he visto o escuchado en persona. Me hizo pensar en lo que el amor y los novios nos pueden hacer a las mujeres. No fue bueno. Espero no llegar a eso con ninguna de mis amigas. Pero aún no he conocido a un chico que me haga sentir así, al menos no por ahora.

—Entonces, ¿cuál fue exactamente el problema? —preguntó Staverley.

Emma parecía bastante contenta de hablar de todo esto y bastante divertida con el tema.

—Bueno, mientras Claire estaba con Barry, todo bien, aunque creo que la ruptura la afectó. Estaba molesta por eso. Pero cuando empezó a salir con John, John Masterman, resultó que a Jenny también le interesaba. No sé si era real o pura ilusión, pero se volvió loca, y ese fue el dramático

fin de una hermosa amistad. Y Jenny parecía ser alguien tranquila, frágil, o eso pensaba, pero tenía otro lado, aterrador. Era más que obvio que John era importante para ella; más importante que su mejor amiga, al menos. Al final, Jenny se fue furiosa y Claire pasó el resto de la noche llorando. No la he vuelto a ver. Tal vez debería.

La diversión de Emma se desvaneció rápidamente, dejó de hablar y, por primera vez, pareció un poco avergonzada por la forma en que había estado hablando.

—Perdón, no sé por qué te estoy contando todo esto. Mejor me voy. Gracias por tu ayuda con el ensayo.

—No hay problema —dijo Staverley.

Se levantó de su silla y ambos se dirigieron hacia la puerta.

—¿Hicieron las paces?

—¿Perdón? —dijo Emma.

—Claire y Jenny, ¿hicieron las paces?

—Ni hablar, como te dije, fue el fin de una hermosa amistad. Y además solo fue tres o cuatro días antes de... ya sabes.

Las numerosas conversaciones y las interminables preguntas de Staverley lo llevaron a enfrentarse con aspectos de la vida oculta de la universidad que no había anticipado: consumo de drogas, conexiones criminales, violencia contra las mujeres, amenazas e intimidación, y las complejas y difíciles historias de vida de algunos de sus colegas. Estaba conmocionado, agobiado y deprimido por sus descubrimientos, pero la identidad del asesino de Claire seguía siendo esquiva. Tanto él como la policía habían estado buscando en el lugar equivocado. Una llamada de Mellmoth lo explicó todo, o casi todo.

Cuando Mellmoth llamó para concertar una reunión, Staverley se sintió aliviado. La petición de Mellmoth de averiguar sobre la vida universitaria y las amistades de Claire lo había llevado en direcciones incómodas y peligrosas. Política, sexo y drogas formaban una mezcla embriagadora e inestable. Más allá de lo mundano de las conferencias, tutorías y redacción

de ensayos, había celos amargos y asesinos, violencia e intereses criminales en el tráfico de drogas en el campus. Sin la oportuna intervención de amigos, Staverley y Charly podrían haber terminado sumándose a la lista de víctimas. Y, después de todo, la resolución del asesinato de Claire no tenía nada que ver con la universidad, aunque sí tocaba otra faceta de la vida de Staverley. Mellmoth iba a explicárselo.

Staverley había aprendido la lección. Estaba decidido a poner fin a sus tentativas de dárseles de detective. Pediría un año sabático y se concentraría en escribir un libro. Escribir libros era seguro.

\*\*\*

Había mucho ruido en el bar y tuvieron que quedarse de pie, apretados junto a la puerta que daba a la calle. Charly no podía ponerse cómoda entre tantas piernas, pies y bolsos, y se mantenía de pie impaciente al lado de Staverley. Mellmoth pidió media pinta de cerveza amarga, Staverley hizo lo mismo.

—Será una noche larga —explicó Mellmoth, señalando su vaso—, estas cosas pueden ser intensas y animadas. Tengo que ir con calma, pero los muchachos han trabajado muchas horas para esto. Merecen desahogarse un poco. Es un buen resultado, aunque, en realidad, no es mérito nuestro.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿A quién acusaron?

—Se llama Frankie Drake. Es de aquí, pero sin antecedentes, hasta donde sabemos. No tiene conexión con la universidad. Personaje muy extraño. “Bueno, me atraparon”, fue lo primero que le dijo al oficial que llegó al lugar. Parecía orgulloso de lo que había hecho y habló de al menos dos intentos fallidos antes de Claire. Culpa a su peso por esos fallos y por haber sido atrapado: dice que lo hace lento. Está en una especie de dieta extraña que, según él, lo va a transformar por completo, una “reinvención”, la llamó. Muy raro. Dice que culpa a su madre por hacerlo gordo, por “distorsionarlo”. Y su casa está llena de libros y revistas de ciencia ficción, desde el suelo

hasta el techo. Me imagino que lo próximo que nos dirá es que recibió mensajes del espacio exterior que le dijeron que lo hiciera. Creo que será un caso para los psiquiatras. Ya se murmura sobre algún trastorno de personalidad o algo así. Lo escuché divagar durante más de una hora y no tengo ni idea de si es astuto y engañoso o si está loco de remate.

—¿Y cómo lo atraparon?

—Bueno, lo intentó de nuevo y eligió a la víctima equivocada. Lo que ha estado haciendo es pasar tiempo en los parques y espacios abiertos locales donde la gente pasea a sus perros. Lleva una correa y finge estar buscando a su perro perdido. Durante unos días selecciona a su víctima. Solo le interesan las mujeres jóvenes. Observa su rutina y luego las toma desprevenidas. Usa la correa para hacerlas tropezar y luego un martillo. Pero esta vez eligió a una instructora de judo, ¿puedes creerlo? Tiene una inmobiliaria en la ciudad, pero también entrena al equipo británico de judo femenino a tiempo parcial. Aparentemente ha ganado competencias internacionales y forma parte de la campaña para que el judo femenino sea admitido como deporte olímpico, de lo cual yo no tenía idea. Siempre se aprende algo en este trabajo. En fin, Frankie la había estado siguiendo durante unos días y probó su suerte temprano esa mañana en el parque cerca de tu departamento. Hizo tropezar a la mujer, pero ella realizó una maniobra de judo, lo persiguió, lo arrojó y le quitó el aliento, y luego lo mantuvo en el suelo hasta que un transeúnte logró llamarnos. Quedó con un hombro dislocado. Ella está perfectamente bien. Totalmente tranquila, y yo esperaba a una mujer corpulenta con grandes músculos, pero cuando tomamos su declaración, resultó ser una mujer delgada, atractiva, vestida con un bonito traje y un par de botas de agua, con su perrito acurrucado en su regazo. Mis prejuicios en acción, me temo. Las tres víctimas eran mujeres delgadas y en forma, todas involucradas en algún tipo de deporte. La mesera jugaba bádminton, resulta, y Claire también era deportista. No parecía importante en su momento, nadie pensó en eso, no es el tipo de conexión que estábamos buscando.

—¿Botas de agua? —interrumpió Staverley.

—¿Perdón? Sí, por el barro, para pasear al perro.

—¿De qué color?

—¿Qué color? ¿Eso importa? Eran, ¿qué? Verdes, creo, verde brillante. Staverley sonrió.

—La conozco. La veo regularmente cuando paseo a Charly en el parque. ¡Botas verdes, traje, perro pequeño! Su perro le ha tomado cariño a Charly. Eso es increíble. Y este Frankie Drake, ¿un hombre gordo que usa un overol azul?, ¿cerrajero?

Mellmoth escupió su cerveza.

—A veces me pregunto sobre ti, Staverley. De verdad lo hago.

Staverley sonrió.

—No tienes idea.

\*\*\*

El plan era que Staverley llevara a Charly en tren al departamento de la tía Alice el fin de semana siguiente. A Charly le gustaba el viaje y estaba feliz de echarse en el piso del vagón y dormir entre sus idas y venidas para investigar a los nuevos pasajeros y su disposición para acariciarla. La caminata desde la estación tomaba unos quince minutos y, mientras avanzaban, Staverley tuvo la impresión de que Charly estaba reconociendo olores casi olvidados y rincones y callejones familiares pero descuidados. Cuando llegaron, la tía Alice estaba esperando en el césped frente al pequeño bloque de departamentos donde vivía.

Fue un placer ver lo emocionada que estaba Charly al ver a su humana principal; su cola se movía como una hélice. Staverley le quitó la correa y ella trotó hacia su dueña. La tía Alice también estaba emocionada y muchas caricias se dieron y recibieron con gratitud. Después de tomar té y comer pastelillos, y de contar muchas historias de las aventuras de Staverley y Charly, editadas para los delicados de corazón, la tía Alice sugirió acompañarlo de regreso a la estación con Charly para despedirlo. Su gratitud por

el cuidado que él había dado a Charly era evidente y, antes de que se fuera, le dio un gran beso en la mejilla y su regalo de Navidad, como había hecho todos los años desde que él era un niño pequeño.

En la estación, Staverley besó a su tía Alice en la mejilla y le rascó el cuello a Charly. Esperó en las escaleras de la taquilla mientras la pareja se alejaba tranquilamente. Unos veinte metros más adelante, Charly se detuvo y lo miró por encima del hombro. La mirada duró solo un par de segundos, pero significó mucho para Staverley; sabía que la iba a extrañar. Quizás, después de todo, era una persona de perros.

**BIBLIOGRAFÍA**

BALL, S. J. (2020). *The Death of an External Examiner. A Story of Detection*. KDP.

BALL, S. J. (2021). *Death in the Ivory Tower. A Novel of Confusions*. KDP.

BALL, S. J. (2022). *The Trumpets of Death. A Story of Betrayals*. KDP.

BALL, S. J. (2023). *The Enemies of Truth*. KDP.

BRADBURY, M. (1975). *The History Man*. Secker & Warburg.

**NOTA**

Este texto es una selección de fragmentos de la novela *Death in the Ivory Tower. A Novel of Confusions*, publicado de manera independiente en 2021. Para esta inédita traducción al español, se incluyen un prefacio original y ajustes realizados por el autor.

**SOBRE EL AUTOR**

Como se mencionó en el prefacio, enseñé en la Universidad de Sussex durante diez años. Luego me mudé al King's College de Londres y en 2001 al Institute of Education de la University College London, donde tuve el puesto de Profesor Karl Mannheim en Sociología de la Educación. He escrito muchas monografías sociológicas, probablemente demasiadas, y más de 200 artículos de revistas, definitivamente demasiados. Si pudiera volver atrás, escribiría menos y pensaría más. Pero el próximo año se publicará otro libro, *Against School* (Palgrave), escrito junto a Jordi Colett-Sabé. La mayoría de esta escritura en los últimos 30 años ha sido influenciada por mi lectura de la obra de Michel Foucault (quien aparece indirectamente en mi novela *The Enemies of Truth*).

Nací en una respetable familia trabajadora en Londres, y mi experiencia como estudiante de clase trabajadora forjó la base de mi preocupación de toda la vida por las desigualdades en el sistema educativo. Sin embargo, finalmente, y con tristeza, he abandonado la idea redentora de que la escuela pueda ser un lugar de equidad y justicia social, y he llegado a la conclusión de que la institución de la escuela debe desaparecer. Consistentemente interpretamos mal la escuela y no somos capaces de prescindir de ella. Deberíamos hacerlo. Necesitamos despejar un espacio en el que sea posible pensar la educación de manera diferente.

Los libros de Staverley están todos publicados por KDP —Kindle Direct Publishing—, en formato digital y rústica. Se pueden adquirir en Amazon y en varias librerías en línea.